

Eduardo Tejero Robledo

Vida cotidiana en la Tierra de Arenas según los procesos alcantarinos. (Siglos XVI-XVII)

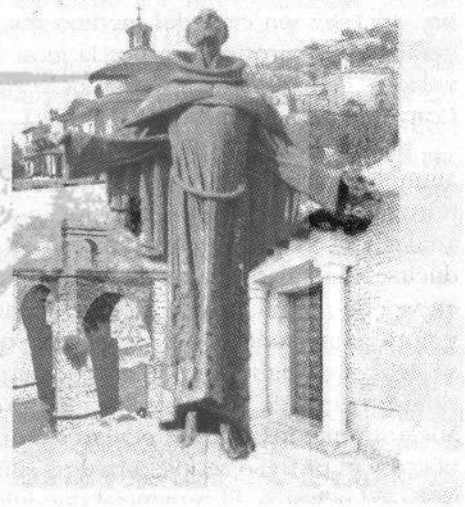


A la memoria de fray Jesús de la Cruz (1911-1998).

Sin pretendederlo, a la santidad de San Pedro de Alcántara debe Arenas y su tierra, entendiendo más o menos los pueblos de su actual partido judicial, la recuperación de numerosos datos de su historia en vertiente tan agradecida como la vida corriente, no tanto la historia de hechos pasmosos, aunque los milagros lo fueran, y se han aprovechado, ante todo, los procesos de beatificación (PB) y de canonización (PC)¹. El de beatificación, inédito, lo utilizó el P. Arcángel Barrado, ofm., en *San Pedro de Alcántara. Estudio documentado y crítico de su vida* (1965)²; el de canonización lo publicó él mismo en 1969³.

Cuando toma cuerpo y fama la santidad de fray Pedro, especialmente por sus presuntos milagros, se pone en movimiento el proceso, coordinado por la familia religiosa alcantarina. Para el de beatificación, un tribunal eclesiástico recorre las diócesis de Ávila, Coria y Plasencia; la archidiócesis de Toledo y el priorato de a Alcántara. A Arenas va y viene

V Centenario Nacimiento San Pedro de Alcántara Año jubilar alcantarino, 1998-99



en 1601, 1613, 1615 y 1618 y acuden testigos de Mombeltrán, Guisando, El Hornillo, El Arenal, Las Cuevas, San Esteban, Santa Cruz, La Parra, Oropesa y Candelada; a Ávila, en 1615 y 1618. De la entonces diócesis de Ávila declararon 358 personas, de las que 48 conocieron al Santo,

¹ Citamos con estas siglas, actualizamos, salvo excepciones, la ortografía de los textos procesales y desahcemos las abreviaturas.

² Prólogo del académico don Antonio Rodríguez-Moñino, 2ª, Editorial San Antonio, Cáceres, 1995. Para quien desee trabajar el *Proceso de beatificación*, más cercano, como es natural, a los días del Santo, lo puede consultar microfilmado en el Archivo del Santuario, de los manuscritos conservados en el Monasterio de Guadalupe, fondo P. Barrado (HERRANZ, J y ÁLVAREZ, J.: *El Convento franciscano de Arenas de San Pedro. Documentos inéditos, siglos XVI-XIX*, Franciscanos Provincia de Castilla, Institución "Gran Duque de Alba" y Ayuntamiento de Arenas de San Pedro, Ávila, 1998, 7, nota 36.

³ Separata de *Archivo Ibero-Americano*, nº 29.

número exiguo, en verdad (PB, XXI-XXIII).

El interrogatorio comprendía cuatro preguntas cortas y concretas:

1ª. Si conocieron a fray Pedro de Alcántara.

2ª. Si su vida fue ejemplar en santidad, penitencia, oración, obediencia y si esta era la opinión de cuantos lo conocieron.

3ª. Si en vida y después de muerto ha obrado nuestro Señor muchos milagros con las personas que a él se encomendaban.

4ª. Si saben que murió el 18 de octubre de 1562 «en casa del médico que le curaba en su propia casa por la gran devoción que le tenía» y fue sepultado en el Convento de San Andrés (PB, XXIV).

El P. Arcángel Barrado es severo, aunque comprensivo, con los diversos interrogatorios redactados, «históricamente fatales y espléndidamente pobres por reducirse a indagar noticias de última hora», en vez de preguntar por acontecimientos y noticias personales del alcantarino que se debían de haber tenido en cuenta para el proceso de su canonización. Ya se adelantó que los testigos oculares fueron pocos y el proceso se inició tarde y sufrió frenazos nefastos. El provincial que inició las informaciones, fray Juan de Santa María, se mostró clarividente en sus razones: «por cuanto muchos testigos de vista que hoy son ya muy viejos y dilatando esto podrían morir y no poderse hacer la averiguación necesaria» (PB, XXIII-XXV).

Quiénes acudieron, en su mayor parte personas piadosas y sencillas, juraron ante los jueces y, aunque aportaron pocos datos puramente históricos, respondieron coloquialmente, con llaneza, de

ahí que esa espontaneidad, cuando ha sido traladada o «grabada» fielmente por el secretario o escribano, es materia valiosísima, por ejemplo, para un estudio del habla popular de Arenas y el Barranco en los siglos XVI y XVII.

A veces, sobre todo las mujeres, se expansionaban en toda clase de detalles, sin que falte la pincelada pintoresca y patética. A esa parla o decir familiar, a ese chorro popular, hemos arrimado el cántaro que se nos ha llenado de noticias impagables de aquellos arenenses del XVI y XVII de los que sabíamos algo, no mucho, por precariedad de archivos⁴.

Beatificado fray Pedro en 1622, también sorprende al P. Barrado que la causa de canonización no se introdujera hasta 1645, aunque el diligente historiador atenúa su perplejidad en la reforma papal de los procesos y en las tensas relaciones de la Santa Sede y España.

En 1645 comenzaron las informaciones en Madrid⁵, para proseguir a finales de 1647 en Talavera de la Reina, Arenas y de nuevo Madrid, no sin antes mover la pluma de emperadores, reyes, cardenales, obispos, cabildos, nobleza, superiores de la provincia de San José, etc. (PC, 31-72). Todo estaba a punto hacia 1650, pero la canonización se dilató incomprendiblemente, pese al buen trabajo de los procuradores sucesivos PP. Pablo de Madrid, Diego de Fuensalida y Santa María. ¿Qué había sucedido? Que falleció en 1651, en Roma, el síndico o administrador laico de la provincia de San José, don Juan García Manrique, quien tenía en su poder 20.000 ducados para los gastos de la causa, cantidad que fue embargada por la Santa Sede y que no se devolvió hasta 1653 tras la mediación deci-

⁴ La mayoría de los fondos del archivo municipal, anteriores al XIX, perecieron en el incendio de la Villa por los franceses en 1809, como es sabido.

⁵ Preguntas del interrogatorio del proceso de canonización, en PC, 178-179.

siva de Felipe IV. De nuevo todo en orden en 1664, pero la diferida canonización se politizó ahora, ya que las intenciones papales de concordia al satisfacer a España, Francia y al Imperio con la canonización conjunta de Pedro de Alcántara, Francisco de Sales y otro beato alemán no obtuvieron el *placet* y hubo que esperar a 1669 con Clemente IX (*PC*, 4-27).

Autoridades, oficiales y oficios

Don Pedro Valenzuela detentaba el corregimiento de la Villa cuando la traslación de los restos del Santo (11-12-1616) (*PC*, 109). Juan de Cepeda actuaba de escribano público en 1618 (*PB*, 139, nota 11). En 1647, Antonio de Morales tenía el cargo de alcalde ordinario (*PC*, 111, 34^o)⁶ y Alonso López de Frías desempeñaba plaza de escribano de número (*PC*, 116).

El lanzahiteño Andrés Vélez, que dará que hablar por su ruidosa curación, trabajó de herrador bastantes años en Arenas (*PC*, 113). También contamos con unos simpáticos pasteleros (*PB*, 154).

El personal sanitario es el más identificado, dada su intervención en enfermedades de las que los pacientes creen sanar por intervención de San Pedro de Alcántara. Veremos ya sus nombres y actuaciones en el apartado inmediato.

Asistencia sanitaria

A la consulta del doctor Vázquez, seguramente médico de la Villa en 1562 y antes, inquilino de la casa de la Cofradía de San Andrés, iba fray Pedro a que le curase sus postemas y diarreas crónicas. Es más, el sacerdote talaverano Diego Sánchez de

la Jara, asegura, en 1615, que fray Pedro «iba muchas veces a casa del doctor Vázquez, médico, que era cuñado de este testigo, en cuya casa después el dicho padre fray Pedro vino a morir» (*PB*, 143, nota 22).

Con certeza sí era facultativo de la Villa en 1600 el licenciado Haro, el que desahució a la niña María de Frías «enferma de grandes calenturas... que decían proceder de opilaciones [¿obstrucción?] de la asadura [hígado]» (*PB*, 153). Lorenzo Pinel de Sosa atendía como titular en 1613, mientras que Francisco Rodríguez, natural de Lanzahíta, tenía plaza de cirujano (*PB*, XXIV; *PC*, 120).

Diego López ejercía de barbero y cirujano en El Arenal. A sus 78 años, declara en 1618 que conoció a fray Pedro y «por razón de su oficio acudía al dicho santo en la última enfermedad de que murió» (*PB*, 139, n^o 10). Intuimos que a hacerle curas de sus llagas tumefactas, si no gangrenadas.

Otro colega, Martín Pérez, practicaba en San Esteban del Valle y fue requerido a la desesperada por el carpintero Alonso Sánchez, de Cuevas del Valle, quien en 1584 se quebró una pierna «por medio de la canilla» y los remedios de cirujanos y médicos no le habían aprovechado nada. Mas el cirujano Martín Pérez tuvo un mal día, porque «queriéndole curar la dicha pierna, se la volvió a quebrar de nuevo». Entonces, el sufrido covachero se encomendó de corazón a fray Pedro y se fue andando al Santuario siempre sobre sus muletas. Al despedirse del Santo, se sintió curado y le entró «en su ánimo un grande consuelo que parecía más celestial que humano». De tanta emoción, no podía articular palabra (*PB*, 153-154).

Juan Mallo, boticario arenense en la última década del XVI, es un testigo más

⁶ Antonio de Morales ejerció, además, 14 años de escribano de la Cofradía de San Pedro y dos años de alcalde de la misma (*PC*, 112, 18^a).

que demuestra que las reliquias del Santo se repartieron a mansalva y sin control, pues él mismo solicitó en junio de 1593 una reliquia al guardián fray Alonso Niño para aplicarla a su mujer enferma. El guardián «le dio un hueso del bendito santo y le trajo y dio a a la dicha su mujer» (PB, 151, nota 14).

En 1582 actuaba en la Villa de Arenas un albéitar o curador de caballerías, el maestro Berrueco. Lo dice Baltasar Rodríguez, un padre en apuros, quien veía a su hijo en las últimas, pues padecía una «enfermedad muy grande de quebracia de ambas bienças, de manera que tenía fuera de vientre mucha parte de las tripas que le causaban tan gran dolor que no hacía otra cosa sino llorar y dar voces». (¿Una hernia estrangulada?).

En la coyuntura, el desesperado Baltasar mandó buscar al tal «maestro de potras para que operase al niño», pero la sensata madre se opuso y prometió ir a visitar la capilla de San Andrés ciertos sábados, barrer la iglesia donde estaba el sepulcro de fray Pedro y llevar al niño. Así lo hizo y mientras la madre barría, colocó a Baltasar sobre el sepulcro primitivo. Al principio, inconsolable, pero se le entretuvo con una forma no consagrada que le dio el sacristán; y de allí a un rato «cobró contento y alegría y se halló libre de los dichos dolores que antes tenía», marchando a casa y quedando muy agradecidos y devotos del Santo (PB, 154-155).

Los molestísimos cálculos afectaron a una vecina de Alcolea del Tajo, Isabel Moreno, natural de Calzada de Oropesa, quien «vino a visitar al dicho Beato Padre en reconocimiento que por su intercesión había conseguido la sanidad, echando una piedra muy grande que tenía en la vejiga» (PC, 113). El médico de Puente del Arzobispo, don Alonso Fernández Serrano de Godoy, atendió a Isabel «la cual traía en la mano una piedra blanca de ve-

jiga tan grande como un gran huevo, que le parece a este testigo que pesaba más de media libra». El doctor deseó quedársela por cosa prodigiosa y ofreció muchos ducados, pero Isabel le cortó que ya había prometido colocarla en el sepulcro de fray Pedro (PC, 105, 21ª).

El marido de Isabel, Julián García, labrador, ahora residente en Talavera, confesó el calvario que pasó su mujer con el «mal de orina y piedra» y que una amiga de Isabel, Mari Gómez, la animó a pedir la salud a a Fray Pedro. Al poco tiempo Isabel echó la piedra, «de hechura de huevo de ganso» (PC, 106, 19ª).

No abandonamos el caso, porque la propia María Moreno acudió como testigo y narró su caso tan íntimo con un tacto exquisito, ante un tribunal todo de varones: «Que estuvo muy mala del mal de piedra... estando en un perpetuo grito». Como Mari Gómez, mujer de un tundidor, le habló de fray Pedro «que era un santo muy milagroso, y que cuando se acostase tomase un pañito de lienzo y mojado en el aceite del candil se la pusiese en aquella parte en nombre del dicho Santo y que le rezase lo que fuese de su voluntad con gran devoción. Que lo haría con licencia de su marido y que si le daba salud prometió de ir a visitar al Santo a pie y descalza y decirle una Misa».

Obtuvo licencia del marido y aquella noche tomó el pañito y le mojó en el aceite del candil y le puso en la dicha parte en nombre del Santo. Y a la mañana orinó sin dolor y «sintió que una piedra le iba bajando y saliendo hacia el vaso natural... y luego le sobrevino un gran golpe y echando la mano recibió en ella una piedra grande, como un gran huevo de gansa, que pesó media libra... y con ella en la mano salió a la puerta de su casa dando voces, enseñando la piedra a su marido y a todos los vecinos, diciéndoles el milagro que el Santo fray Pedro había usado con ella» (PC, 107, 19ª).

En medicima popular no faltaba el saludador (presunto curador de la rabia por el aliento, la saliva y fórmulas que farfullaba), aunque uno incógnito y honrado supo dar una lección al párroco de Hontanares, Martín López Cabezudo, de Arenas, metido a ganadero: «Este testigo, teniendo su ganado vacuno enfermo, que se le habían muerto 12 o 13 reses, le hizo saludar por un saludador, el cual le dijo que el ganado estaba muy malo, que le encomendase al Beato Padre y le ofreciese alguno de los añojos y este testigo lo hizo así y fue Dios servido, que no se le murió otra alguna res» (*PC*, 120, 21ª).

Afluencia de la nobleza peregrina

En el traslado de los restos del alcantarino desde la hornacina (1616), al lado del evangelio, donde, al descubrirla, hace unos años, se tuvo la suerte de recuperar parcialmente la primera pintura que tenemos del Santo, a una nueva y pequeña capilla al lado de la epístola, advertimos entonces la presencia del obispo de Ávila don Francisco Gamarra, de los condes de Morata, de Orgaz y marqués de Jarandilla, amén del corregidor de Arenas (*PB*, 151, nota 16), pero los testigos de 1647 añaden una lista crecida de nobles devotos del alcantarino: conde de Oropesa, de Miranda y su mujer; de Peñaranda; duquesa de Alburquerque, de Lerma y señora condesa de Garcéz; marqués de Malpica, de Monasterio y marquesa de Bayona; duque del Infantado y su abuela, «señores de esta Villa»; Sr. cardenal de Trejo: «señores obispos, príncipes y señores que por prolijidad no se ponen porque son tantos los que cada día vienen a visitar la dicha capilla y su sepulcro de todos estados y tierras que no hay número» (Alonso de Frías Cepeda (*PC*, 110, 11ª).

El alcalde Antonio de Morales declara que «es infinito el número de personas

que han venido a visitar la capilla y sepulcro y es imposible enumerarlos», pero detalla algunos: cardenal Trejo Paniagua, obispo de Málaga y Presidente de Castilla; conde de Chinchón y señora; señora duquesa del Infantado, doña Ana de Mendoza; condesa de Puebla de Llerena; duquesa de Pastrana; duque del Infantado «que ha venido dos veces»; conde de La Puebla de Montalbán, su mujer y sus dos hijas; marquesa de Loriana; duquesa de Uceda; duquesa de Alburquerque y dos hijos suyos; duquesas de Feria y marquesa de Velada, dos veces; duque de Alba; don Luis Ponce de León, virrey de Navarra y su mujer; don Francisco Girón y don Juan de Meneses, maestros de campo general; fray Francisco de la Cruz, general de los Trinitarios descalzos, y otros muchos (*PC*, 111, 11ª y 12ª).

Hasta un genovés entorchado peregrinó dos veces a Arenas, la última en 1646: don Octavio Centurión, caballero de Alcántara, mayordomo de S.A. la Sra. Infanta, de los Consejos de Guerra y Hacienda, para dar gracias a Dios por haberle conseguido fray Pedro una nieta (*PC*, 79, 9ª).

El clérigo Alonso de Medrano precisaba: «y muchos caballeros de las ciudades de Ávila, Salamanca, Valladolid y Toledo, villa de Talavera y otras partes» (*PC*, 115, 11ª).

Pero el arcipreste de Mombeltrán, don Francisco Notario, amplió la cuestión: «En menos de dos meses han venido a visitarle más de 600 personas forasteras y de entre las personas de que su merced ha hecho memoria ha visto... al señor conde de Peñaranda, que fue tanta su devoción que desde la ciudad de Salamanca, que está distante de esta Villa 20 leguas de muy mal camino, poque se pasa el puerto que llaman del Pico, que es de los más penosos y ásperos que hay en España, vino a pie» (*PC*, 125, 11ª).

El mismo arcipreste afirmó sobre el traslado de 1616: «El señor marqués de Jarandilla trajo la música que cantó en la Misa y procesión que se hizo y, a lo que este testigo se quiere acordar, el señor conde de Morata fue el que hizo gran parte del gasto» (PC, 125, 10ª).

Por las poblaciones más pasajeras (Cuevas, Mombeltrán, La Parra, Montesclaros, Hontanares, Ramacastañas, Candeleda, Poyales y Arenas), el trasiego serviría de espectáculo con aquellas caravanas de literas, cabalgaduras mayores con jamugas⁷, tartanas, escuderos, clérigos, religiosos, etc., y les sumaría algún aliciente económico en cuanto a la prestación de servicios de alojamiento, manutención, guías y caballerías.

El clero de Villa y tierra

Sabemos que, cuando fray Pedro visitó la Villa, esta contaba con el clero regular de los religiosos agustinos y el secular de la parroquia de Santa María.

Probablemente Juan López Ruiz era vicario y párroco de la Villa, pero fue el clérigo Francisco Arias quien administró a fray Pedro en el momento de su muerte:

Andrés Arias, vecino de Arenas, oyó decir a su padre que «en compañía de Francisco Arias, clérigo cura que era de esta... Villa, que había ido a visitar al... santo, y que el... santo había dicho al dicho cura que no tuviese cuidado, porque él no había de morir hasta cierta hora, que le parece dijo que había de ser como a las cuatro o a las seis de la mañana, y que puntualmente había muerto a la hora que había dicho» (PB, 143, nº 25).

Toribio González ejercía de cura de El Arenal en 1600 y acompañó a Alonso

de Frías, para llevar en cabalgadura al Convento a la hermana de este, más muerta que viva, la ya citada María de Frías, a quien sanó su fe (PB, 153).

El bachiller Alonso Martínez del Corral era cura de Arenas en 1601. En el traslado de 1616 se data la nómina de tres clérigos: Fernando Martínez del Corral, Antonio Arias y Pedro Velázquez Cepeda, probablemente de la parroquia de Santa María (PC, 118, 8ª, 9ª y 10ª). En 1647 consta que el vallisoletano Ignacio Calderón asumía las funciones de vicario (PC, 118). Otros sacerdotes: Alonso de Medrano, licenciado Juan López Romo, teniente de la parroquia (PC, 114, 34ª, 119) y Juan de Bayala (PC, 118, 126, 46ª).

En Mombeltrán testificaron en 1615 dos sacerdotes de la Villa: Melchor Núñez de Castro y Gil González Velázquez (PB, 139, notas 7 y 8). En 1647 servía como arcipreste don Francisco Notario, de Arenas, asistido por Juan Velázquez; Pedro Jiménez figuraba de teniente en Lanzahíta (PC, 108), Juan Flores servía de cura en Ramacastañas (PC, 117 y 126, 45ª) y Martín López Cabezudo en Hontanares (PC, 119); los PP. Francisco de Tora, Alonso Flores y Mateo Montero pertenecían a la comunidad agustina del Pilar (PC, 116, 121 y 123) y el franciscano fray Miguel de los Ángeles, a la de San Andrés del Monte (PC, 126).

Enseñanza en Arenas

Aparte de una precaria escolarización con un maestro de primeras letras, en la Villa no faltaban preceptores de gramática, normalmente a cargo de clérigos o religiosos agustinos, a los que acudían los jóvenes hidalgos y con posibles, como

⁷ «Silla de tijera, con patas curvas y correones para apoyar espalda y brazos, que se coloca sobre el aparato de las caballerías para montar cómodamente a mujeres» (DRAE).

Baltasar de Frías, quien conservaba en 1601, a sus 55 años, un recuerdo imborrable de fray Pedro, porque siendo estudiante daba las clases en una casa cercana a la de dicho convento, futura Enfermería, y allí: «oyó con frecuencia su misa y fue testigo con otros muchachos de los gemidos y éxtasis de fray Pedro después de haber sumido el Santísimo Cuerpo y Sangre del Señor... Y entre los estudiantes se platicaba qué era aquello y se dijo que los frailes del dicho monasterio decían que era en él muy ordinario aquellos accidentes» (PB, 134, 39).

Se da por supuesto que todos los testigos (médicos, presbíteros, oficiales, mujeres, jornaleros) sabían leer, escribir o al menos firmar. De ahí la anotación algo extraña del tribunal en el caso de Catalina Vélez de Miranda, de Lanzahíta, que servía en Madrid a unos nobles: No firmó, porque «aunque sabe leer no sabe firmar» (PC, 134).

La casa tradicional

Aprovechamos el relato sobre el pequeño Lucas, que se ahogó en un tinajón y sanó, lo que hizo época, para aproximarnos con bastante certeza a una casa típica de Arenas en el siglo XVII.

María Rodríguez, casada con Sebastián González Galán, ambos arenenses, cuenta con todo detalle, cómo, hacia 1644, trasegaba vino de una bodega, «puesto junto a una tinaja donde el vino se trasiega un tinajón que cabrá más de cuatro arrobas, que para llenarse, respecto de que el vino sale por una espita, colándose, ha menester de una hora para llenarse estando corriendo el vino en él, esta testigo salió con un hijo suyo que se llama Lucas, que entonces tendría poco más de dos años y medio».

Decisión razonable pero fatal de la madre: «Y le puso en la puerta de la calle

para que se fuese a entretener con otros niños en la calle y [ella] se subió a su casa, al cuarto alto, dejando abierta la puerta de la bodega».

Pudo más la curiosidad del niño por el chorrito de la espita y se volvió a la bodega «y cayó de cabeza en el dicho tinajón, que estaba casi lleno».

María Rodríguez envió a su otra hija a un mandado y al regresar fue directa a la bodega donde creía encontrar a la madre. Espectáculo tremendo: Lucas «ahogado en el tinajón sin moverse en manera alguna y dio grandes voces diciendo: «Madre mía, el niño está ahogado en el tinajón».

La madre bajó a toda prisa «y llegando al tinajón vio que niño había caído de cabeza y que sólo se le descubrían las piernas, al cual le sacó de él totalmente ahogado y muerto y tan descolorido que su cuerpo estaba azul y con una señal de golpe en la mejilla, y viendo esta testigo tan gran lástima y a su hijo muerto, dio grandes gritos y voces, a las cuales acudió mucha gente de la vecindad y a poco rato se hallaron allí muchas personas, entre las cuales, la principal de ellas, como más vecina, fue Ana Rodríguez La Rosada, la cual y todo los que se hallaron presentes juzgaron y vieron al dicho niño muerto... Y en este lance tan lastimoso esta testigo invocó al Beato Padre y le hizo voto de que si le resucitaba haría una novena en su capilla y le llevaría una figura de cera y una túnica y una vela que ardiese en su capilla y dar limosna a su Convento lo que pesase de trigo el dicho niño».

La hermana mayor de Lucas invocaba también a fray Pedro. Como hora y media después, llamaron al médico de la Villa: «el cual y otros que estaban presentes afirmaron que estaba muerto y decía que le envolviesen en una sábana o paños de vino y Dios Nuestro Señor, que, en las mayores aflicciones, consuela los peca-

dores fue servido de que cuando más cierta estaba esta testigo y todo los presentes de que el niño estaba muerto, entonces se le puso el rostro claro y volvió en sí diciendo: «Santo Pedro de Alcántara» y «Madre mía». Y desde aquel punto estuvo bueno y sano, sin quedarle fealdad alguna en el rostro y hasta hoy lo está el dicho niño» (PC, 127, 19; 124, 19^a).

Relato conmovedor de María Rodríguez, quien, ya eufórica, nos enseña su casa de labradores: en la planta baja, el zaguán, tal vez empedrado o engorronado, al que sigue la cuadra y al fondo la bodega, donde, a la escasa luz de un ventanuco enrejado, vemos tinajas y tinajones; de estos, alguno semienterrado lo que facilitó la caída aciaga del Lucas.

Aquí se trasega el vino, quizás para conseguir el afamado clarete que tanto apreciaban en Ávila los señores canónigos de la catedral y algunos burgueses.

Del zaguán arranca la escalera hacia la segunda planta o «cuarto alto», repartido entre cocina, sala y otra escalerilla para acceder al sobrado. En la cocina enjalbegada y entarimada de castaño, vemos vasares y alacenas con cobres del martinete que brillan como el oro, porque María es muy relimpia. No faltan los trebejos de la lumbré más los escañiles y tajuelos, la cantarera y el escaño. Con cierto orgullo nos enseña su balcón donde seca higos sayuelos y de collodama y florecen tiestos de claveles, pelargonios y albahaca.

Hemos adivinado la casa emblemática o corriente en Arenas, y todo porque María Rodríguez trasegaba en la bodega y luego se subió a su casa, «al cuarto alto».

Enfermedades en los humanos

Sin recurrir a los testigos alcantarinos, sabemos que las enfermedades comunes e identificadas durante los siglos XVI y XVII eran los procesos catarrales, fiebres comunes, tifoideas, tercianas (paludismo⁸ y fiebres de Malta), hernias, lumbagos, reuma, bubas o bultos supurantes por sífilis o no, cámaras o diarreas, no sólo por colon irritable, infecciones (tétnos, diviesos, postemas, apendicitis o «cólico miserere»), anemia por la pandemia general de hambruna que reflejan *El Lazarillo*, *El Buscón*, la biografía teresiana y alcantarina, etc.; perlesía (parkinson, hemiplejía o trombosis o derrame cerebral), gota en los sobrealimentados, parto revésado y sobrepardo; tiña, viruela, rubeola y tosferina, que se cebaban en la infancia cuya mortalidad impresiona. El resto, las de hoy: cánceres variados, cálculos, tuberculosis (bastante en los conventos de religiosas), afecciones cardíacas, lepra, accidentes (caídas desde árboles, caballerías, construcción, travesuras infantiles...); demencia senil, hipocondría (depresiones), locura...

Juan Fernández, vecino de Ramascaña, enfermó de «graves calenturas y cámaras y otros accidentes» hasta ser desahuciado de los médicos y recibir la extrematunción. Pero estando para morir, rogó al Santo que pidiese al Señor el remedio de sus males. Y súbitamente se sintió mejorado y a los pocos días peregrinó al Convento pra dar gracias (PB, 153).

El mismo mal consumió a San Pedro, propenso directo a causa de su tremenda vida penitente. Nada más normal que su cuerpo no retuviera alimento alguno y las

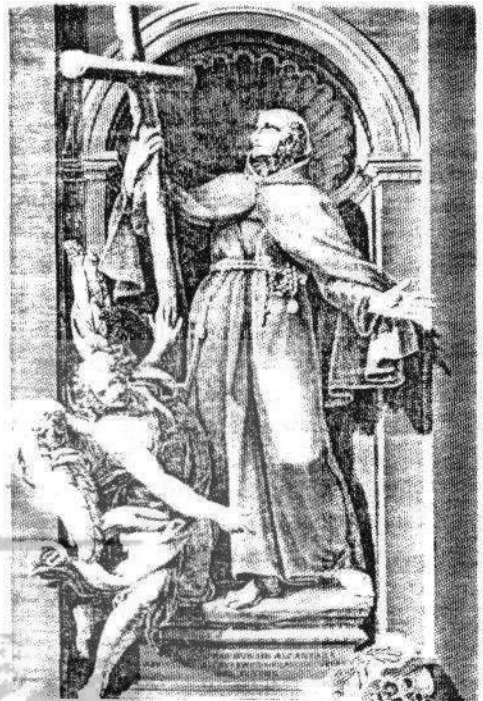
⁸ Es probable que tenga visos de verdad la tradición del antiguo emplazamiento de Arenas en Ojo de la Jara, abandonado por insalubre. Algo similar ocurrió modernamente en La Parra, que se desplazó hacia la cota izquierda, más sana, ya que Madoz dice que La Parra está en una llanura... Son los trampales, ojos o praderas encharcadas en las que se cebada el anofeles del paludismo.

cámaras le enflaquecieron aún más de lo que estaba, por lo que hubo de permanecer varios meses de 1562 en el palacio de los condes de Oropesa.

Por una monjita de Plasencia, felizmente habladora, testificó en 1618 que las amistades no siempre rebasan la heroicidad: «Estuvo en Oropesa muy enfermo de una enfermedad muy prolija [quizás quiere decir molesta por los malos olores] y larga, en la cual, sobre los dolores que padecía, algunos pajes del palacio del conde, gente moza y ociosa, viendo comer en platos de plata, que era en los que le enviaban la comida, hacían burla de él y decían: —¿Este es el santo?, y mofaban de él; y que con las cosas que de esto decían los pajes y la larga enfermedad de dicho padre, parecía haberse entibiado algo de la devoción de los señores condes y que en estas ocasiones el dicho padre había mostrado gran paciencia y humildad sin reponder palabra alguna ni quejarse, y que viendo que su enfermedad iba tan a la larga le llevaron de Oropesa a Arenas donde murió» (PB, 83-84, nota 14).

En efecto, las cámaras eran esa «enfermedad larga y prolija» que, complicada «con una llaga o postema [¿septicemia?] en una pierna que no se podía menear si no era ayudándole algunos frailes», le llevaron a la muerte, como declaró el arenense Rodrigo Díaz del Arroyo en 1601 (PB, 138, nota 3).

Pese a la asistencia de parteras o comadronas, no escaseaban los partos revueltos o apretados. El mismo Bernardino de Medrano, el sanado de aquella hernia estrangulada, refiere en 1615, que tenía en un su poder «un cordón de cáñamo y un vaso de vidrio» que usó fray Pedro: «Habrán cuatro o cinco años que estando en esta Villa un pastelero con su mujer y la dicha su mujer en la dicha sazón muy preñada, la dio el parto tan recio que decían estar en lo último de su vida».



Le pusieron el cordón y dio felizmente a luz dos criaturas. La confitera se lo agradeció al Santo y «le envió dos pasteles» al solidario Bernardino (PB, 154, nota 154).

Desde luego, matrimonios estériles acudían confiados a fray Pedro, cuya familia fue bastante prolífica. El escribano Alonso López de Frías aportó el caso de don Pedro de Vega y Loáisía, de Mombeltrán, unido a doña María Tufiño, quienes no tenían hijos, pero se lo pidieron al Santo en su capilla y al cabo de un año les nació un pequeño (PC, 117, 21ª). También recordó la romería a pie de los condes de Peñaranda, desde aquella villa: «y se hizo preñada la condesa y parió un niño, cuyo retrato trajeron y pusieron como al presente está» (Ibidem).

Arriba quedó la penosa rotura de pierna del sufrido carpintero de Cuevas y su desenlace milagroso.

Durante años quedó en la memoria popular lo sucedido al herrero Andrés

Vélez, de Lanzahíta, que ejerció en Arenas. Su mujer, Mencía de Miranda, de Santa Cruz del Valle, explicó que llevaba cinco meses tullido (¿lumbago, hernia, reúma?), sin poderse menear ni rodear por los muchos dolores, ni levantarse. ¿Y qué había hecho Andrés Vélez? ¿Era un furtivo? Pues su mujer se sinceró con una solapada regañina: «La cual enfermedad le vino de andar el dicho su marido en el río pescando de noche y de día, de que era muy aficionado, y acudía también al campo y caza de liebres y poco a poco le fue apretando tanto el mal que se quedó tullido». Cinco meses encamado ¡un cazador!: un tormento, de modo que Mencía habló a su marido: «Hermano, ya que no tenemos remedio humano, por vida tuya que te encomiendes al Beato P. Pedro de Alcántara muy de veras, que interceda por Dios y te sane, que no será el primer milagro que haya hecho, que yo de mi parte le ofrezco ayunar todas las semanas del día en que cae la fiesta del Beato Padre por aquel año, como lo cumplió».

Andrés repuso que «de muy buena gana iría a su capilla... pero, ¿cómo había de venir, si estaba tan tullido que no podía en manera alguna menearse ni andar un paso?».

Resolvieron montarlo con almohadas en una mula hasta Arenas, y Andrés daba prisas «porque tenía por cierto le había de sanar Dios por intercesión del Santo»; en la Villa lo acomodaron con idéntico montaje en un borrico y llegaron al Convento, donde confesó y comulgó y al besar el hábito de fray Pedro con gran fe «luego al proviso se había hallado sano y que se levantó sin muletas y sin ayuda ninguna, dando voces y publicando el milagro... «Y que eran tantas las alegrías y fiestas y saltos que daba por la iglesia que muchas mujeres y personas que estaban por la iglesia y no sabían que estaba tullido le tuvieron por loco, con lo cual se vino por su pie a esta Villa, ha-

biéndole dado primero con gran regocijo los Padres del dicho Convento de comer en su refectorio, que de contento no podía comer» (PC, 121, 19^a; 113).

La arenense María Velázquez, enferma de paludismo o tabardillo (¿tifus?), contó en 1615 en parla familiar y simpática su desafío con el propio fray Pedro: «A esta testigo le dio, habrá veinte días poco más o menos, una enfermedad de calentura continua con grandes crecimientos, la cual juzgaban por tabardillo y por tal la curó el médico... y luego puso por intercesor al Santo fray Pedro de Alcántara diciendo: Santo mío, mirad que me muero y perezco de sed; pues hacéis tantos milagros, ahora no seáis conmigo cruel, quitadme esta sed, porque si no me la quitáis no creeré en ninguno de vuestros milagros. Y dicho esto luego al punto se sintió la boca llena de agua flemosa y sin alguna sed, antes sin ninguna gana de beber y juntamente con la sed se la quitó la calentura y el crecimiento con que actualmente estaba que era muy intenso, y se halló buena y sana sin mal alguno» (PB, 156, nota 28).

También el señor alcalde Antonio de Morales pasó lo suyo: «Su merced estuvo en esta Villa enfermo de unas heridas penetrantes y una de ellas en el brazo izquierdo... y el brazo se le inflamó y apostemó, que en él se abrieron nueve o diez bocas fuera de la herida, lo cual comenzó por el mes de abril del año pasado de 1625 y llegó a estar tan malo que el cirujano ya estaba resuelto a cortarle el brazo».

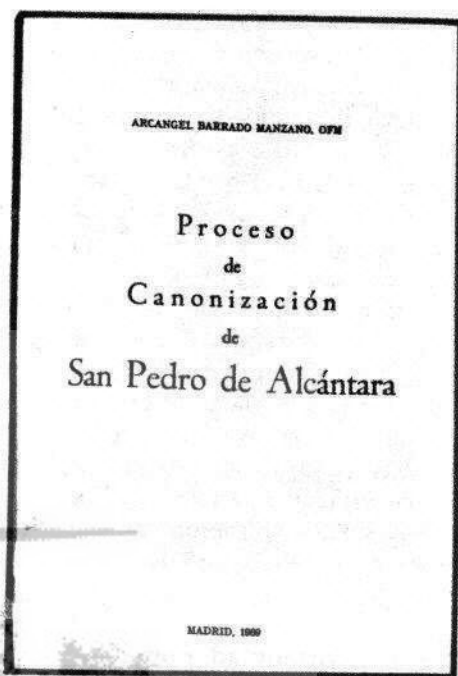
El edil municipal se encomendó a fray Pedro, pero perdió el conocimiento «al levantarse a una necesidad». Entonces su mujer María de Pavón y su hermana doña Isabel de Morales y Valderrama lo metieron en la cama y lo dieron por muerto. Pero su fe y la de su familia lo sanó y no se le cortó el brazo y se le cerraron las heridas» (PC, 112, 21^a).

La misma autoridad pasó un susto de muerte en la vega del Tiétar al llegar al despeñadero de las Barrancas: «Una res o vaca embistió habiendo salido de la vacada, y se vino contra este testigo y una cabalgadura muy floja en que venía; y viéndose este testigo que casi llegaba la res a herir la cabalgadura en un puesto que a cuatro pasos era preciso despeñarse, invocó a este Beato Padre y volviendo los ojos vio que la res que le venía siguiendo se detuvo, con que excusó el daño que le pudo hacer, hiriéndole o despeñándole» (PC, 113).

Enfermedades de los animales

Bartolomé Sánchez de la Jara, de El Hornillo, fue otro de los beneficiados de aquel reparto desmadrado de las reliquias del Santo. No se sabe por qué razón le convocaron los frailes al amanecer del día que trasladaron los restos de fray Pedro del sepulcro primero a un arca de nogal. Dos frailes presentaron a Bartolomé, hermano o terciario franciscano, al provincial. Entonces, uno de los religiosos, fray Alonso de Jesús, dijo al dicho provincial: «Hermano, mande dar alguna cosa de lo que se hurtó anoche al hermano Bartolomé Sánchez, y el dicho provincial dijo que de muy buena gana y que el que lo tuviera se lo diese, y que él daría de lo que tenía y luego dieron a este testigo un hueso y unos pocos de cabellos que decían eran reliquias del bendito fray Pedro de Alcántara que aquella noche habían sacado del sepulcro». Y refiere la curación de su ganado cabrío, que tenía la enfermedad de las basquillas [enfermedad por abundancia de sangre?], con estas reliquias (PB, 150, nota 13).

El prodigio con el ganado cabrío de Bartolomé Sánchez lo confirmó el citado párroco de El Arenal Toribio González, el cual añade lo que acaeció a la arenala



Mencia Blázquez con unos chivos que se le morían sin remedio: dándoles a beber agua tocada por un hueso del Santo, «quedaron sanos» (PB, 155).

Lo mismo sucedió a una manada de pollos de doña Rafaela de Vergara, atacados de ceguera de cuya enfermedad morían. Doña Reafacla mandó a su criada Isabel de Arenas si quedaba agua traída del Convento y que había tocado una reliquia del Santo.

Sí, quedaba agua en «un vidrio, —un jarro de cristal—, de agua muy clara y muy sana, y asieron los dichos pollos y los lavaron los ojos con la dicha agua lo cual fue una noche, y luego otro día por la mañana, cuando esta testigo y la dicha doña Rafaela se levantaron, hallaron los dichos pollos libres y sanos de la dicha enfermedad como si no la hubieran tenido» (PB, 155, nota 26).

Miguel Jiménez, natural de Miguel Muñoz (¿Hoyos de?), pero vecino de Arenas, tenía una piara de cerdos atacados del mal de *lobado* (¿Peste porcina?): «Y se

murieron cinco o seis lechones y otros muchos estuvieron con la dicha enfermedad y uno estuvo casi muerto hinchado el pescuezo, de suerte que este testigo le llevó a costas para socorrerle, y por ser de noche le dejó para por la mañana; y este testigo había el mismo día llevado agua de la reliquia del dicho santo fray Pedro de Alcántara para con ella rociar el ganado; y lo primero que hizo fue lavar con ella al lechón que estaba hinchado y echado en el suelo sin poder menearse... y a la mañana siguiente el dicho lechón estaba levantado y pacía, lo cual no había hecho tres días había, y todos los demás lechones que estaban enfermos rociándolos con la dicha agua se pusieron buenos y no se murió ninguno» (PB, 155, nota 27).

Infancia, ancianidad, pobres de solemnidad

La iconografía alcantarina (escultura, pintura, grabado...) ha plasmado con fuerza su faceta mística. Las obras de Ricardo Font, Pérez Comendador o de Navarro Gabaldón son emblemáticas. Echamos de menos, sin embargo, la faceta cercana de quien pisa la tierra y no se le ha ido el santo al cielo; es decir, la versión humana y popular de un fray Pedro maestro de niños, de parla coloquial con las gentes de la tierra, enfermero de religiosos ancianos, que da de comer a los pobres, etc., a la manera, por ejemplo, de Juan de Ávalos en Cáceres.

Si prestaba cuidadosa y diaria atención a los numerosos mendigos que merodeaban por El Palancar, porque nos consta que fray Pedro, colocado en medio de ellos, los consolaba y servía con ternura; si enseñaba a leer a los niños de El Pedroso que frecuentaban El Palancar (PB, 85-86) o mitigaba la general hambruna, ¿por qué no iba a hacer lo mismo con los de la tierra de Arenas?

En sus durísimas *Ordenaciones* sobre los conventos (1562), se pasa en delicadeza con los ancianos: «Y los frailes viejos sean muy bien tratados y los enfermos muy bien curados, cuando sea posible, sin notable distracción; y servidos con gran diligencia y caridad» (PB, 103, 173, nº 12).

La infancia, siempre frágil, y más en aquellos siglos, llenan páginas de los procesos, porque se nos declaran sus travesuras, como se ha visto, porrazos, enfermedades y por ser muy deseados, como hoy, por parejas infecundas.

Estefanía Gómez, de Alcañizo pero vecindada en Ramacastañas, relata que a su hijo Juan «siendo de edad de cinco años no cumplidos, le dio un aire que le pasmó, de manera que encogió los nervios, y le dejó baldado de pies y manos y la cabeza y esta de manera que no podía estar en pie ni sentado». (¿Ataque de epilepsia o encefalitis?). El caso es que gastó mucho en medicamentos sin remedio alguno. Solución de padres con fe: llevarlo al Convento, donde oyeron la misa de fray Cornelio de San José y «untaron al niño con el aceite de la lámpara que arde en la Capilla de dicho Beato Padre... y esta testigo puso al niño sobre la sepultura en que el Beato Padre estuvo enterrado y allí estuvo un poco y, al levantarlo de aquel lugar, el niño se asió a la reja que cerca la sepultura y se puso en pie y desde entonces comenzó a andar, lo cual no había hecho en los cuatro o cinco meses que lleva declarado» (PC, 117, 19^a).

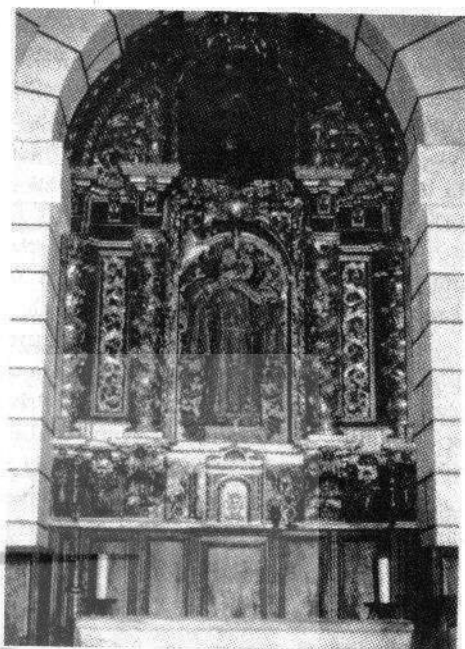
El padre de Juan, Domingo García Palomero, que también testificó, puntualiza que, tras la misa y la unción, «llevaron al niño a la sepultura a donde dicen fue enterrado el dicho Beato Padre, que está cercada alrededor con una reja de hierro y en el suelo y sepultura la imagen del dicho Beato Padre en azulejos y echaron al niño encima de la dicha sepultura y pintura y luego le levantaron y

arrimaron a la dicha reja y al proviso comenzó el niño a asirse de la reja y comenzó a echar los pasos y andar arrimado a la reja y viendo esto, este testigo y su mujer y otras personas dieron muchas gracias a Dios y al santo por tan grandes mercedes y desde entonces el niño comenzó a andar y quedó bueno y sano» (PC, 122, 21^a).

¿Quién no se ha caído de una higuera? Pues esto le pasó a Marica Jiménez, según lo explicó Catalina Vélez de Miranda, de Lanzahíta, que servía en Madrid: «Subida [la tal Marica] en una higuera muy alta y de ella cayó y se quedó de la caída muerta [¿conmoción cerebral?]; y esta testigo y Alonso Díaz Buénaventura, su marido, y María Díaz, madre de la dicha Marica y otras personas, viendo que la dicha niña estaba muerta, llamaron al dicho Beato Padre para que les socorriese y ayudase en aquella necesidad; y estuvo cosa de media hora como muerta y luego echó mucha sangre por la boca y luego dijo: «Ya estoy buena». Y quedaron todo admirados de ver tan gran maravilla y lo atribuyeron a milagro» (PC, 133, 19^a).

La pobre Catalina no ganaba para sustos, porque su propio hijo Bernardo, de un año, se subió en un banquillo «y cayó de cerebro» [de cabeza] [¿conmoción cerebral?] en presencia de sus padres y se quedó muerto. La madre invocó al Beato y antes de media hora el niño volvió en sí y estuvo bueno (*Ibidem*).

El cura ganadero de Hontanares, Matín López Cabezudo, añadió otra perla oída a su tía María López sobre una hija de esta: «Una niña hija suya, jugando con otros niños de su igual, la arrojó uno por encima del umbral de una puerta, de suerte que le torció la cabeza y el hueso de la nuca se le puso en la garganta y que llamando a Francisco Rodríguez, cirujano, para que la curase, el dicho cirujano dijo era imposible curarla y que para ponerle el hueso en su lugar era preci-



so que la niña se muriese, y que ella la había encomendado al dicho Beato Padre, y sin hacerle beneficio o medicamento alguno había sanado» (PC, 120, 21^a).

Intoxicación de unos muchachos traviesos

El niño arenense Baltasar de Frías, de 5 o 6 años, junto con otros colegas enredaron en una sepultura abierta, cuyo mal olor aspiraron. Todos fallecieron menos Baltasar, cuyo padre, de igual nombre, se encomendó al Santo al comprobar en su hijo «cuatro postemas en las rodillas y de viruelas grandes calenturas», que provenían, según el médico, de la putrefacción de un cadáver mal enterrado en la iglesia, causa de la intoxicación infantil. Ocurrió esto en 1592 (PB, 153).

Ya se adelantó lo ocurrido a otra hija de Baltasar, María de Frías, «enferma de grandes calenturas... que decían proceder de opilaciones de la asadura» ¿Cálculos, cirrosis, pancreatitis?).

Además del caso de hernia contado en el hijo de Baltasar Rodríguez, anotamos el de Bernardino de Medrano, «niño muy pequeño que mamaba», que tenía «fuera del lugar natural mucha parte de las tripas». Querían operarle, pero su resuelta madre optó por llevarlo a fray Pedro, que entonces vivía, quien celebró una misa y le impuso el evangelio y fue el remedio cabal de su mal (*PB*, 154).

Cerramos el epígrafe de la infancia con Luisa, de 6 años, que vivía en casa del presbítero Alonso de Frías Cepeda. Privada del habla y casi muerta (¿coma diabético?), don Alonso le aplicó una reliquia de fray Pedro en cabeza y corazón encomendándola a él: «La niña abrió los ojos y dijo: «¡Válgame Dios!», y sanó de dicha enfermedad y hoy es viva» *PC*, 110, 21^a).

¿Esclavitud en Arenas?

Una mujer sublime había dejado jirones de su vida en un diario todo sinceridad: «Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos, y aún con los criados; tanta, que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos, porque los tenía gran piedad. Y estando una vez en casa una esclava de su hermano la regalaba como a sus hijos; decía que, de que no era libre, no lo podía sufrir de piedad» (*Vida*, I, 2).

Por retratar la sensibilidad desbordada de un padre, Teresa de Jesús, genialmente indiscreta, noticia que la esclavitud⁹ estaba presente en la España del Siglo de Oro como elegancia social en los nobles, adinerados e hidalgos con posi-

bles, asunto tradicionalmente silenciado, así como el desquiciamiento de aquella sociedad por la limpieza de sangre.

El capítulo 41 de la primera *Crónica de la provincia de San José* (1583), del P. Ángel de Badajoz, aún inédita, rescatado con oportunidad por los PP. Julio Herranz y José Álvarez, registra un suelto inesperado para Arenas: «Cuatro años después de su muerte [la de fray Pedro] abrieron su sepultura y hallaron que estaba casi entero, con un olor algo suave y un licor que le cubría, como de aceite. Después acá ha hecho Nuestro Señor merced a muchos que se han encomendado en sus oraciones; la de Martin[a?] de Frías, vecina de Arenas, tenía un negrito tullido [¿minusválido o discapacitado?] y ofreciéndole a el sepulcro del Santo volvió a casa por su pie, sano y bueno, y así lo está hoy»¹⁰.

¿Esclavitud en Arenas? Con toda probabilidad.

Religiosidad popular

Queda manifestada en una vida saturada de actos religiosos, intensificados en Navidad, Semana Santa, Pascua, Corpus y funciones (San Sebastián, Candelaria, Santiago y San Judas [Santiago el Verde], más la patrona, Nuestra Señora del Pilar, y el patrón, San Pedro), así como la sacralidad en los ciclos vitales del hombre: nacimiento, matrimonio y muerte.

El arenense del XVI y XVII, como tantos otros españoles, encauzaba su vida religiosa a través de cofradías; la de San Pedro era concurrida y rumbosa en

⁹ Eran cautivos de guerra con el turco y moros del Mediterráneo o provenían del tráfico esclavista que mantenían la Corona española, Portugal e Inglaterra en África, pues desde 1501, los RR. CC. autorizaron la importación de esclavos a América. Un tema tan vidrioso no se ha explicitado suficientemente en la enseñanza de la historia española.

¹⁰ HERRANZ, J. y ÁLVAREZ, J.: *Obra cit.*, 33; BARRADO, A.: *San Pedro de Alcántara. Estudio documental y crítico de su vida*, 2^a, Cáceres, 1995, XVIII, nota 4.

sus celebraciones sacras y profanas. La fe de las gentes de Arenas en el alcantarino era ciega y entregada, de ahí la confesión del clérigo Alonso de Medrano en 1647: «Dijo que esta Villa tiene votada la fiesta del dicho Beato Padre y se celebra a 19 de octubre de todos los años y porque en este día se hace en el Convento de San Andrés, se trasfiere la celebración al domingo siguiente, porque justamente está votado por Patrón de ella y después de la del Santísimo Sacramento no hay otra que se celebre con tanta solemnidad, porque se dice Misa cantada, se predica sermón y se hace procesión por las calles con la imagen de bulto de dicho Beato Padre, que está puesta en el altar de esta iglesia» (PC, 115, 19^a).

Por las palabras del alcalde Antonio de Morales, en Arenas se producía una concentración insólita: «Y a esta festividad precisamente asisten los cofrades, como se dispone en las Constituciones, y todos los pueblos comarcanos, especialmente las siete aldeas de la jurisdicción de esta Villa, que asimismo guardan la fiesta» (PC, 112, 18^a).

La expresión de gratitud se demostraba con peregrinar a pie y descalzo (PC, 117, 21^a), ofrendar en metálico o especie, así como donar exvotos variopintos que saturaban el espacio sagrado, como afirmaba en 1647 el cura arenense Alonso de Frías Cepeda: «Este testigo ha visto y ve todas las veces que va a visitar al Beato Padre en su capilla puestas lámparas de plata, que son cinco y una pequeña dentro del hueco del sepulcro, velas de cera, cirios, piernas, brazos y otros votos de muletas, mortajas que se han puesto después de la beatificación por insignias de los milagros que se han obrado; y asimismo tiene frontales, láminas, relicarios que le han dado de mucho precio y valor que llegarán a más de tres mil ducados; hasta en la misma iglesia hay 14 mortajas, algunos cuadros que se dice que por interce-

sión de dicho Beato Padre les dio Nuestro Señor salud y, en especial, hay retratos de algunos niños» (PC, 110, 15^a).

Allí quedaron las muletas del extravertido herrero de Lanzahíta y el cálculo como «huevo de ansa» de la mujer de Alcolea (PC, 113).

Juan de Bayala, también sacerdote de Arenas, puntualiza a este propósito: «Y uno de los cuadros puso un caballero de Talavera que se llama don Pedro de Vega, en que está pintado un hijo suyo que dicen se le dio Dios Nuestro Señor por intercesión de este Beato Padre. Y otro dio el señor conde de Peñaranda y en él está pintado otro niño que dicen se dio por la misma ocasión. Y un cirio grande, digo dos, los dio el señor marqués de Villena, puestas en ellos sus armas» (PC, 129, 15^a).

La religiosidad se complementaba con la posesión de reliquias. En este sentido fue lamentable el reparto de las alcantarinas, como se dijo antes (PB, 150-152, notas 13 y 14), aunque el pueblo sencillo se conformaba con agua que hubiera tocado algún hueso del Santo u objeto personal regalado por este, tal el bastón a Juana Núñez, de Mombeltrán (PB, 139, nota 7) y «un cordón de cáñamo y un vaso de vidrio» usados por fray Pedro (PB, 154, nota 23).

Viajes: caminos, medios de transporte y hospedajes

Para llegar a la tierra de Arenas existían tres vías normalizadas: el cordel/calzada del puerto del Pico, el camino real a Madrid por San Martín de Valdeiglesias o Talavera, tras los arrecifes de Ramacastaña y Montesclaros o Velada y el carril hacia La Vera. Luego, los múltiples caminos carreteros o de herradura entre pueblos. Con buen tiempo, funcionaban los puertos de Candeleda, el Peón, del Arenal y Serrani-

llos. El Pico proporcionaba riesgos imprevisibles; así, a Juan Rodríguez Montecosinos, quizás arriero: «Y habrá como ocho años poco más o menos que viniendo por el puerto que llaman de Arenas y que es el más áspero que hay en esta tierra, por cerca de Navidad a cosa de mediodía, estando cerca de la cumbre, fue tanta la nieve que cayó, aires y nieblas que este testigo se vio perdido y ya sin aliento ninguno, de tal manera que no esperaba tener vida y hallándose en esta congoja, pidió muy de veras y con grande fe al Beato P. Pedro de Alcántara intercediese con Dios que le sacase de aquel peligro en que se hallaba de perder la vida, pues ayudaba a todos los vecinos de esta Villa; y estando haciendo esta rogativa luego se abrió el camino para la parte donde había salido y se levantaron las nubes y le parece a este testigo vio al dicho Beato Padre que le guiaba y esto no pudo ser sino es por favor de Dios e intercesión de dicho Beato Padre, porque el dicho puerto, desde aquel día y otros tres meses después no se pudo pasar por persona alguna, por estar como estaba muy lleno de nieve que tardó los tres meses en comenzarse a deshacer» (PC, 124, 19^a).

Los pobres se desplazaban descalzos; los jornaleros, en burro o en mulo matalón; labradores e hidalgos en cabalgaduras mayores (caballos y mulas), con las señoras a mujeriegas. La nobleza, en literas o coches o galeras.

San Pedro anduvo siempre descalzo por coherencia con los más pobres y los santos primitivos (San Francisco, San Antonio) y traía tantas heridas en los pies que se los cosía con una lezna y cabo de zapatero. Si le preguntaban cómo no tenía más cuidado por evitar tropezones y heridas, respondía con gracejo que no se acordaba de ellos (PB, 129).

El arenense Rodrigo Díaz del Arroyo, que conoció bien al Santo, afirmaba en

1601: «Muchos días antes que muriese, por ser ya viejo y estar enfermo de la dicha pierna y muy flaco de la penitencia que hacía, andaba en un asnillo que para el efecto tenía, el cual después que murió quedó en poder del doctor Vázquez» (PB, 129, nota 222).

El milagro que ocurrió a fray Pedro en el puerto del Pico, viniendo de Ávila a Arenas en invierno con otro religioso, cuando la nieve había borrado el camino y tuvieron que pernoctar en la sierra, creo que puede interpretarse de otro modo por los datos aportados por Pedro Moreno, sastre de Cuevas del Valle en 1616: «De 30 años a esta parte ha oído decir y era común en este lugar que viniendo un día de invierno el dicho Santo fray Pedro de Alcántara por el puerto del Pico, llegando a la Venta que llaman Caída, por estar ya destruída y a la sazón nevaba, y cuando llegó a la ruina de esta Venta apretó la nieve con tanto exceso que le cubría [y] comenzó a pasearse de una parte a otra entre aquellas paredes caídas encomendándose a Nuestro Señor y puniéndose en las manos de su Providencia, y que acaesció que la nieve se hizo sobre las paredes una como bóveda y techo que cubrió todo aquel espacio dond^e el dicho Santo se paseaba; y antes que se cubriese donde él andaba estaba de yuso [hacia abajo] y mucho más después que se cubrió, y desta manera había estado toda aquella noche hasta por la mañana que con la luz del sol vio de la manera que estaba y la misericordia que el Señor le había hecho defendiéndole de la nieve con ella misma; y en particular se acuerda haber oído contar este caso en la forma que tiene declarado a un tío suyo, clérigo presbítero, hombre docto y de mucha verdad, el cual se llamaba el licenciado Juan Sánchez, a quien, según este testigo, se acuerda muy bien se lo oyó contar diversas veces afirmando que así lo había oído de boca del mismo

Santo fray Pedro, porque como acaesció venir a este lugar de mañana y aquella noche había caído tan grandísima tempestad, pareciéndole al hermano de los frailes llamado Francisco de Ladrada, donde el dicho Santo vino a posar, y al dicho licenciado su tío... le apretaron en que dijese cómo había sido... y aunque el Santo se excusó todo lo que pudo de decirlo, como porfiaban tanto... declaró el suceso según y como aquí está referido» (PB, 131, nota 30; 139, nota 11).

¿Qué había ocurrido? Quizás quedaba algún resto de techo en la Venta Caída y la propia nieve al helarse fue consolidando un minúsculo abrigo o cubierta de cárambanos que resguardó a fray Pedro, ya que el otro fraile se refugió en la concavidad de una peña. Entonces, ¿dónde estuvo el milagro? En que ambos religiosos no se congelaran de frío, pese al incesante ir y venir del santo para activar la circulación.

De paso, sabemos que la familia franciscana tenía hermanos ¹¹ seglares o terciarios a quienes visitaban y donde alguna vez se hospedaban. Así en Cuevas, Mombeltrán, Ramacastañas y La Parra, de donde Francisco Hernández Pernudo, de El Arenal, cuenta que fray Pedro se hospedó varias veces en casa de María Núñez, hermana de los padres descalzos y viuda de Santos García, vecino que fue del lugar de La Parra, «y que ella hacía la cama para que se acostase y que jamás le habían podido hacer que se echase en ella y que por la mañana parecía la cama como la hacía» (PB, 139, nota 34; PC, 117, 19^a).

En Mombeltrán se recogía como un transeúnte más en el Hospital de San An-

drés (PB, 138, nota 6), si es que no era buscado por amigos como Pedro González Velázquez, que vivía en la plaza Mayor (PB, 139, nota 8), o por Juana Núñez, de quien se despidió con un regalo especial que aliviaría partos apretados: «Quedaos con Dios que ya no nos veremos más y tomad este báculo que no tengo otra cosa que os dejar» (PB, 138, nota 7).

El Santo se movía, fuera donde fuera, como los más pobres de la tierra de Arenas: «Siempre en cualquier tiempo de fríos y yelos traía los pies desnudos sin género de calzado, y la cabeza quitada la capilla, la cual traía calva y pelada y llena de aberturas y grietas causadas de la nieve o yelo que le caían sobre ella, y de los soles traía el cuero tostado y denegrido como el color de la avellana» (Palabras de Juan del Arroyo, alcalde de Casas de Millán (Cáceres) (PB, 124, nota 4).

El campo: o sequía intermitente o lluvia pertinaz

El alcalde Antonio de Morales reflejó la eterna cuestión del campo castellano: «Y por el año pasado de 1635 ó 36, hallándose esta Villa con grande aflicción y desconsuelo por falta de agua, hicieron procesión al dicho Beato Padre, sacándole de su capilla y poniéndole en un altar, en medio de la capilla mayor, donde el cura y beneficiados de esta iglesia dijeron Misas e hicieron procesión con él y fue Dios Nuestro Señor servido que así como sacaron el cuerpo de la iglesia se comenzaron a levantar algunos nublados y luego llovió de manera que quedaron muy

¹¹ Se reconocía como Hermano o Hermana a los bienhechores y amigos espirituales de los frailes, en razón de ello, les concedían estas Cartas de Hermandad, por la que pasaban a gozar de ciertas gracias y privilegios de los mismos frailes. Habitualmente se designaba también como Hermano o Hermana a la persona encargada de recibir y administrar las limosnas en metálico para los frailes, por estarles e ellos prohibido el uso del dinero por la Regla de San Francisco y las Ordenaciones de San Pedro de Alcántara". Cf. Rafael SANZ: *Vida y escritos de San Pedro de Alcántara*, BAC, Madrid, 1996, 39, 43, 366-369 (HERRANZ, J. y ÁLVAREZ, J.: Obra cit., 233, nota 38).

consolados, dando a Dios infinitas gracias por el beneficio recibido, que se continuó por dos días».

El mismo informante señaló la tragedia de 1627: no paraba de llover: «Viéndose afligida esta Villa por las muchas aguas que en ella había por las continuas lluvias de más de 50 días, que no se podía salir de casa ni cultivar las heredades, esta Villa acordó hacer procesión con el cuerpo del Beato Padre y se hizo así; y saliendo en procesión donde este testigo asistió, vio que luego se vio el sol y cesaron las lluvias y no llovió por entonces cosa de consideración» (PC, 114).

El trato a los muertos y un pueblo poeta

Fray Pedro fallece en la noche del 18 de octubre de 1562, a los 63 años de edad y 47 de religioso franciscano.

Los muertos siempre imponen, pero una arenala y un arenense poetizaron ante el cadáver del Santo. Antes, Rodrigo Díaz del Arroyo contó cierta curiosidad: «El bendito Padre, después de muerto, quedó con los ojos tan claros y abiertos y el rostro tan resplandeciente que ninguno le veía que pudiera juzgar si estaba vivo o difunto» (PB, 144, nota 28).

En cambio, Magdalena Blázquez, mujer de Juan Sánchez Guerra, la vecina de El Arenal, de 70 años en 1615, acertó con un bello símil: «que conoció al Santo fray Pedro de Alcántara como a sus manos, y que cuando murió, habiendo en este siglo traído los ojos ordinariamente cerrados, luego que le bajaron muerto para ponerle las bandas en la Enfermería donde murió, resplandecían como dos linternas y nunca por diligencias que se hicieron se los pudieron cerrar, y a causa de esto, cuando le cubrieron con la tierra le pusieron un paño en ellos» (Ibidem).

Más refinado fue el recurso poético de Alonso Ramírez el Viejo, de 67 años, el de Arenas, quien aseguró que «vio muerto al dicho Santo, el cual tenía los ojos abiertos y con tanta claridad que parecía una luna, y ansimismo estaba con este testigo otro mozo que se llamaba Montesinos, que ya es difunto, el cual y este testigo vieron al Santo en la manera que tiene declarado» (Ibidem).

Toda Arenas se echó a la calle para acompañar a fray Pedro, colocado en unas andas, a San Andrés, pese a que llovía a cántaros y soplaban un molestísimo aire racheado. Al detenerse en el prado de Escalonilla, quizás en la ermita de San Blas, al punto dejó de llover y cesaron los aires, de modo que se llegó al monasterio con muy buen tiempo y «no se murió ninguna de las velas que llevaban encendidas» (PB, 145, 29).

El procedimiento casero para certificar la muerte salta en las palabras de la arenense Ana Rodríguez «la Rosada», vecina de María Rodríguez, madre del ahogado en el tinajón, el famoso Lucas: «Y esta testigo, como vecina más cercana, llegó en la ocasión y vio que la susodicha tenía en los brazos al niño, el cual tenía el rostro amoratado y caída la cabeza y los brazos, de manera que parecía estaba muerto y esta testigo para certificarse si lo estaba o no, tomó un espejo y se lo puso al niño en el rostro para ver si resollaba y vio que el espejo tan limpio estaba después de quitado como antes, con que se certificó que el niño estaba muerto» (PC, 123, 19^a).

¿Por quién doblan las campanas?

El que las campanas sigan hoy «dando los golpes» como aviso de agonizantes y fallecidos pertenece a nuestra tradición religiosa secular. Así lo gestionaron, en 1625, los familiares del alcalde Antonio de Morales, cuando lo creyeron muerto:

«Su hermana envió a esta iglesia a que se hiciese señal como cofrade que es de la Cofradía de la Vera Cruz y del dicho Beato Padre, por la costumbre que hay que, muriendo cualquier cofrade de dichas cofradías u otras, se den tantos golpes de campana» (PC, 113).

Lo malo era el enterramiento en las propias iglesias que producía olores nauseabundos atajados con procedimientos contundentes, como rociar de vinagre y cal viva el cuerpo inhumado (PB, 149). Era previsible lo que podía suceder cuando la sepultura no quedaba bien sellada: lo que ocurrió a aquellos niños enredas que se intoxicaron (PB, 153).

Es el tratamiento que dieron al cuerpo de fray Pedro, en el primer reconocimiento de sus restos (1566). Leemos el relato del P. Antonio Daza: «Cuatro años después de su muerte se abrió su sepultura y se halló el cuerpo casi entero y con un olor suave que salía de él y un licor que le cubría como de aceite; y viendo esto el provincial fray Bartolomé de Santa Ana mandó echar mucha cal y agua en la sepultura del Santo diciendo: que era bien que se evitasen las honras y los concursos humanos» (PB, 148, nota 6).

Los cronistas de la provincia de San José censuraron tal conducta que también desautoriza el P. Arcángel Barrado: «El cadáver de fray Pedro estuvo diecinueve años en el lugar conocido y quince bajo el efecto de la cal y el agua que el desaprensivo [provincial] Bartolomé de Santa Ana y el guardián fray Antonio de Segura, extremados vigilantes de la regular disciplina, colocaron junto al cuerpo de fray Pedro de Alcántara» (149).

Al final, todo se sabe y el albañil Juan López Cobo, que había trabajado en las obras del Convento, cantó en 1615: «Des-

pués de más 30 o 40 años que estaba enterrado le hallaron entero sin faltarse otra cosa que el pico de la nariz; y que un provincial de la dicha Orden había hecho diligencias para que se consumiese y gastase el dicho cuerpo» (PB, 149, nota 9).

Peores excesos cometieron con el cuerpo de Teresa de Jesús en Alba de Tormes, pues echaron en la sepultura «mucha cantidad de cal y tierra y ripios y calderos de agua, machacando la tierra para que se asentase el cuerpo»¹². Se cumplían órdenes del provincial carmelita, llamado, ¡qué casualidad!, fray Antonio de Segura, y a pesar de las protestas airadas del cuñado de la Santa, Juan de Ovalle.

Espigando aquí y allá, hemos seguido relatos de prodigios contextualizados en la vida cotidiana, por eso, esos testimonios son un filón de detalles para recomponer la intrahistoria, el día a día de una pequeña pero animada Villa como Arenas y otros pueblos.

Quizás hoy los peritos eclesiásticos rechazarían algunos milagros. Por otra parte, hace ya años que existe un campo de la psicología y psicoanálisis que activa los estímulos de seguridad, la concentración de energía, el potencial humano de nuestra mente y cerebro para conseguir el bienestar y la superación de conflictos, es decir, el programarse en positivo. En lenguaje llano: querer en profundidad es poder. Para nuestros antepasados y para muchos creyentes actuales esto es sencillamente la fuerza de la fe: creer es poder.

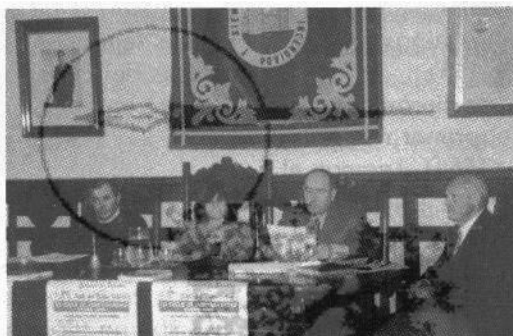
Pero el objetivo inmediato ha sido responder, en la medida de mis fuerzas y en un primer intento, a la llamada conse-

¹² Declaración del clérigo Pablo González, testigo presencial (Efrén de la Madre de Dios: *Tiempo y vida de Santa Teresa*, 2ª, BAC, Madrid, 1968, 993-995).

cuenta del P. Arcángel Barrado sobre la reutilización de estos *Procesos*: «Todas las deposiciones [es decir, declaraciones] son aprovechables y curiosas y revelan infinidad de detalles que deben interesar a todo investigador; principalmente van orientadas a probar y demostrar la fama pública y notoria de la santidad [de fray Pedro], nunca desmentida, el culto cons-

tante y cada vez más extendido a sus imágenes y reliquias y los milagros y prodigios obrados por Dios, por intercesión del bendito alcantarino.

Con respecto a los testigos tenemos también noticias personales, familiares, sociales y auténticas que no es fácil encontrar en otros libros y publicaciones» (PC, 20-21).



Conferencia pronunciada en el Ayuntamiento de Arenas de San Pedro (12-12-1998), homenaje de la SEVAT en el V Centenario del nacimiento de San Pedro de Alcántara (1499-1999).